



Copenhague posee un tamaño perfectamente humano. En apariencia es dulce como un **pastel de nata** y está cuidada como una **casa de muñecas**. Pero no conviene dejarse engañar más de la cuenta. Por debajo, mantiene su **actividad febril** y esconde esa fuerza discreta que le ha permitido ser durante siglos la poderosa **reina de los estrechos bálticos** y una indiscutida potencia naviera.

Al viajero le hubiera gustado verla desde el aire aquella tarde en la que se rompió la neblina que flotaba sobre la ciudad y, de repente, todo se volvió luminoso: los tejados de teja roja, las cubiertas y torres de deslumbrante verde de cobre, los ladrillos de las antiguas fachadas, las aguas de los canales y el espejo de la bahía que el paso de los barcos rompía, como en una vibración paralela rompían el aire el gemido de las sirenas de los barcos y el de las gaviotas inquietas al atardecer. Quiso el viajero ver desde arriba el laberinto ordenado de piedra y agua, y llevarse esa imagen consigo. Por eso, movido

por un impulso casi infantil, se encaminó a paso ligero hacia el gigantesco aerostato que permanece varado a espaldas del palacio de Christianborg, y en el que se aventuran los turistas curiosos que desean sobrevolar Copenhague. Sin embargo, cuando llegó al lugar, se encontró con una alambrada que le impedía acercarse al artefacto y detrás de la cual se movía activamente una muchacha de rasgos orientales que, al verle gesticular, le indicó un cartel del tamaño de un folio en el que se anunciaba que, aquel día, el globo no iba a levantar el vuelo.

El viajero se sintió defraudado y triste, como un niño al que no le han comprado una cometa que ha visto en un puesto callejero, o, peor aún, como un niño al que le han comprado una cometa de vistosos colores -un dragón verde como los que forman el tejado de la torre de la Bolsa de Copenhague, un soldado de gorro peludo, como los que se pasean a las puertas de Amalienborg impasibles a la curiosidad de los turistas y al chasquido de sus cámaras de fotos-, y que no ha conseguido, tras muchos intentos, levantar el vuelo, y que, además, en esa tozudez del niño por conseguir que vuele, ha perdido su primitiva tersura y hasta se ha despegado de la estructura de bambú una parte del papel de arroz, o de la seda.

En el último agosto Copenhague era un hermoso laberinto urbano. Un decorado perfecto para el estallido de la vida en todo su esplendor.



VIAJE A COPENHAGUE El bello verano

TEXTO Y FOTOS: Rafael Chirbes

Le hubiera gustado al viajero ver desde arriba ese ordenado y horizontal laberinto de casas y barrios; de calles y canales; de piedra, ladrillo y agua; escuchar su latido desde lejos, un latido suave, como corresponde a una ciudad por la que circulan escasos automóviles, y en la que transmite una especie de hipnosis el zumbido de las bicicletas que desfilan ante cada semáforo como un primer telón móvil, y casi transparente, por delante de la pesada cortina de los coches, por lo demás, en casi ninguna parte numerosos. Es un telón hermoso el de las bicicletas en movimiento: aparecen dibujados en él unos cuerpos bronceados y perfectos que, igual que en el cuaderno de apuntes de un pintor renacentista, toman ante el espectador curioso todas las posturas, formando en los días de verano un gigantesco desplegable en el que el curioso puede estudiar la mecánica de la anatomía humana: los tensos músculos de los gemelos; los muslos bronceados levantándose y bajando como si ellos mismos fueran máquinas -o sea, ellos mismos máquinas-herramienta-; los bíceps en estática flexión; los pechos, mostrándose en el interior del cofre de un escote elegantemente diseñado, y moviéndose, como en el interior de un joyero, pero con un movi-

Copenhague transmite, dentro de su diversidad, una sensación de armónico continuo: desde bellas formas de piedra tallada hasta arquitecturas de influencia remota.





miento de doradas bolas de rodamiento; las nalgas, que a veces sólo se marcan bajo la tela, pero que en otras ocasiones se escapan parcialmente, bien como resultado del esfuerzo mecánico, bien por la tarea de la mente que ha diseñado piezas de sastrería más destinadas a la generosa exhibición que al ocultamiento.

Hay ciudades centrifugas y ciudades centripetas. Hay ciudades bellas, elegantes, magníficas, en las que uno puede hacer crecer deseos, o sueños, o en las que puede establecer parámetros que en adelante le servirán para medir cuanto encuentre, y que, sin embargo, lo rechazan, por más que, un día, la necesidad o la propia tozudez lo acaben obligando a vivir en ellas; hay otras que, en cambio, lo atraen, lo convierten en un animalito deseoso de encontrar un escondite en el que guarecerse y le hacen pensar en el grado de desamparo que ha caracterizado todo lo anteriormente vivido, y que despiertan en el que las descubre la voluntad de querer confundirse con ellas, aunque sepa que nunca será así, porque seguramente ya es demasiado tarde, puesto que un animal asilvestrado no puede convertirse en dócil compañero de hogar, en habitante de una ordenada y cómoda granja, por más que su libertad lo exponga a peligros y privaciones. Copenhague participa misteriosamente de los dos tipos de ciudad y desconcierta doblemente al viajero que la encuentra al tiempo familiar, cercana, como conocida desde muchos años antes, quizá desde siempre; y, también, lejana, inalcanzable.

A trechos, tiene un aspecto de casa de muñecas, de ilustración de cuento infantil en sus viejas casas, en sus castillos y palacios de altísimas y verdes torres, en su cuidado aspecto en el que la sensibilidad resbala sin darse cuenta desde los edificios cursis como una tarta de crema hasta los que significan la solución más atrevida y desnuda de los problemas del diseño arquitectónico contemporáneo, y que a veces se conjugan en una sola pieza en la que la conservación de lo antiguo se ha llevado a cabo introduciendo repentinos elementos de un tiempo que aún no ha llegado



Espléndidos museos, luminosas avenidas y edificios de todas las épocas hacen de Copenhague una ciudad singular: a veces familiar, próxima, a veces inalcanzable.

a buena parte del planeta: viejos almacenes y hangares convertidos en museos, en hoteles; palacetes que albergan tiendas de moda o de porcelana, o agradables cafés en cuyas paredes cuelgan grabados de todas las vanguardias habidas y de las que aún no han venido, y en los que, quizá, han realizado el intocado muro de viejo ladrillo o de piedra con una lámina de luminoso vidrio, con una plancha de metal.

Todo discurre como un continuo en esta ciudad que sigue siendo horizontal, aunque el horizonte se rompa en algunos lugares por la presencia de ciertos edificios, y en la que incluso las pesadas columnas, o los frontones neoclásicos que parecen hablabamos de una fría y nórdica razón: al borde de la impiedad se suavizan por el discreto tamaño y notable encanto de las plazas en las que encuentran acomodo (es el caso del edificio de la Corte de Justicia, en la coqueta plaza de Nytorv); y en donde las teatrales perspectivas urbanas ideadas como muestras de la "grandeur"

de una monarquía que se precia de ser la más antigua de Europa (el escenario de la plaza con cuatro palacios de Amalienborg, cerrada por la soberbia cúpula de la Iglesia de Marmol), están más cerca de una representación civil que de un teocrático cortejo a lo divino.

No hablemos ya de ese castillo de Roseborg, de delgada, graciosa y compleja fachada, con sus torrecillas como una obra de repostería, y que, en medio del hermoso parque, al viajero le parece acechado por los grupos de niños que juegetean entre los árboles y se revuelcan en el deslumbrante verde. Aún no han aprendido del todo a caminar y ya parecen mirar el palacio con ganas de llevarse al salón de casa para jugar con él durante las largas tardes del in-

vierno; o, todavía peor, nada más que para comérselo. Las fachadas de ladrillo tienen el color del mazapán recién sacado del horno, y las cupulitas que se amontonan sobre las torres son de menta.

Copenhague transmite esa sensación de armónico continuo: las cúpulas, las columnas, los inclinados tejados de cuento de Andersen, los cuatro dragones que forman la torre de la Bolsa como el prólogo de las obras completas que Gaudí escribió cuatrocientos años más tarde, y cuyas colas entrelazadas se pierden en un acutísimo piruli que pincha la barriga del cielo húmedo de este verano en el que se han roto los hábitos de todos los termómetros de Dinamarca (imagínense ustedes, más de treinta grados y una humedad báltica abrazando la ciudad), las fachadas juveniles, los edificios de cemento de Jacobsen. Todo se sucede de un modo natural ante los ojos del viajero: la solidez de muros y puentes y la fragilidad del agua también forman parte de una sola cosa; y, desde el agua, uno no sabe si los almacenes que bordean los canales y la bahía siguen conteniendo mercancías procedentes de la lejána Asia y son todavía un arduo lugar de trabajo o si han pasado ya a convertirse en espacio de arte y hay que ajustar la mirada y prepararla para que contemple de ese modo el conjunto de edificaciones que se levanta ante ella.

Todo ha conseguido aquí ser capaz de mirarse a sí mismo sin trascendencia, pero también sin sentir vergüenza de su función originaria ni de su pasado. Y lo que ya sólo es bello sigue conviviendo con lo que todavía no es más que útil, pero se prepara para recibir la contemplación estética. Los antiguos barrios de viviendas de la marina, perfectamente rehabilitados, y, varios siglos más tarde, aún orgullosamente ocupados por marinos, conviven con el perfil de las activas grúas, cuyas plumas se mueven silenciosas cargando algún buque que seguirá probablemente rutas también muy semejantes a las que, siglos antes, siguieron otros buques amparados por la misma bandera y que tripulaban los bisabuelos de quienes hoy ocupan esas viviendas junto a la bahía (además de presumir de

CÓMO LLEGAR

La compañía aérea SAS tiene vuelos regulares desde distintas ciudades españolas. También Iberia.

DÓNDE HOSPEDARSE

Copenhague cuenta con una excelente oferta hotelera. El Hotel d'Angleterre, en la céntrica Kongens Nytorv, es el más tradicional entre los lujosos. Al que hay que añadir el Scandisc H, Copenhague, el Radisson SAS Scandinavia y el Radisson SAS Royal, concebido hasta en sus menores detalles por Arne Jacobsen, uno de los más sólidos exponentes de la altura alcanzada por arquitectura y diseño daneses. Otros hoteles con prestigio son Phoenix Copenhague, Kong Arthur, Kong Frederik y Plaza. En Istedgade, en los alrededores de la Estación Central, se agrupan numerosos hoteles modestos y correctos, si bien la zona se sitúa entre las más duras de una ciudad por lo general tranquila.

DÓNDE COMER

Los habitantes de Copenhague presumen de que su ciudad es no sólo la capital gastronómica de Dinamarca, sino de toda Escandinavia. No les falta razón. Toda la ciudad es un gigantesco restaurante que, durante el verano, ocupa con sus animadas terrazas calles y rincones, como el popularísimo Nyhavn (el pequeño canal), o la animada plaza de Grabrodtorv. Cocina internacional y cocina popular danesa, con la irremplazable presencia de los opulentos smørrebrød, o bufets en los que reinan indiscutidos los arenques marinados, acompañados con verduras como cebollinos y berros y perfumados con distintas hierbas aromáticas.

Bajo estas líneas, Francis Cardeneau y Lars Nielsen, chef y maître del restaurante Kommandanten, único en Dinamarca laureado con dos estrellas Michelin. En la foto inferior, el equipo de Lumskebugten, un romántico Kiosko en Esplanaden.



seante y lo mantiene en estado de leve embriaguez. El recuerdo de los paseos estivales por los parques de Oslo y Copenhague es inolvidable y asalta periódicamente a quien ha vivido esa experiencia, llenándolo de melancolía.

Y la presencia del mar, de los lagos y canales que hilvanan o puntean el centro de la ciudad. La costa danesa permanece respetuosamente intocada en buena parte de su extensión, por obra de unas socialdemocráticas leyes proteccionistas que, además de referirse a las costas, lo hacen también a las condiciones para adquirir una vivienda en el país. Nadie que no sea ciudadano danés puede comprar una casa en Dinamarca: un método extraordinario para impedir, por ejemplo, que los alemanes, o, en menor grado, los suecos, acaben comiéndose ese queso pequeño, verde y apetitoso que, gracias a una compleja geografía, está bañado por el mar a lo largo de casi diez mil kilómetros. Y, sin embargo, durante los fines de semana veraniegos, la costa danesa se llena de velas blancas. El viajero tuvo ocasión de comprobarlo desde el avión la tarde de domingo en que llegó a la ciudad. Era como si hubiese nevado repentinamente sobre el laberinto de agua que se extendía allá abajo. Las velas desplegadas podían contarse por millares. "En Copenhague, se nace marinero; luego, se aprende lo que sea", le dijo al viajero uno de los daneses que compartió con él alguno de los calurosos días de finales del pasado agosto, en el que los termómetros marcaron temperaturas desconocidas en los últimos ciento cincuenta años y en los que la ciudad báltica parecía más bien un barrio de La Habana sumido en la sofocante espesura de la calma tropical.

La plenitud veraniega traía al recuerdo del viajero las palabras de Andersen en El patito feo: "Era una delicia la vida del campo en verano. Los trigales estaban dorados, en contraste con la verde avena, y en los tiempos prados se veían las hacinas de forraje recién segado, sobre las que volaban cigüeñas de patas rojas (...). En torno de los campos y las praderas se extendían hermosos bosques, entre los cuales se abrían profundos

dad esta última que a veces parece hermana de la danesa, hijas las dos del mismo vientre marítimo y comercial.

Sus armadores fletaban portes y crearon rutas que unían este punto apenas perceptible en el mapa de Europa, pero no por ello menos poderoso, con el lejano oriente, y en esos almacenes que hoy parecen puros depósitos de diseño se amontonaban el tabaco, el té o las especias. Aún hoy sigue siendo Copenhague la capital de una de las mayores potencias comerciales marítimas del planeta, y su poder -como el de la agricultura y ganadería de su traspais, o el de las empresas de vanguardia farmacéutica o de microtecnología- es discreto, pasa inadvertido, con un elegante juego de doble lenguaje que seduce y desconcierta al visitante. A fines del siglo XX, las redes por las que discurre el poder son invisibles y, para ser dibujadas con precisión, necesitan de complicados microscopios electrónicos. En cualquier caso, junto a la residencia real danesa, y en pie de igualdad, se asoman a la bahía las azules ventanas de la lujosa sede del mayor consignatario del país, el señor Maersk. Los turistas pasean y se fotografian junto a la sirenita en los cercanos jardines de la Esplanaden, mientras, a escasos metros, por los caminos rodeados de césped del imponente y sobrio edificio del armador, se mueven ejecutivos de todos los países del mundo impecablemente vestidos, en una discreta agitación acorde con el espíritu de esta ciudad que pone los dedos sobre buena parte del mundo con la suavidad con la que un músico acaricia su instrumento antes de un concierto.

La plenitud del verano marca una cota máxima en la esquizofrénica dualidad de Copenhague. El doctor Jeckill se impone arrollador sobre Mr. Hide. Para un visitante que proceda del Mediterráneo, el verano de Copenhague -como, con matices, el de las otras ciudades escandinavas- supone una auténtica sorpresa, porque de alguna manera alguien le ha transmitido que su cultura es la propietaria de la vida en la calle y que sólo se la disputan algunos lugares situados en el aro de los trópicos.

Aquí, como en Oslo o en Estocolmo; como, más levemente, en Helsinki, descubre la falsedad de esa premisa bobamente etnocéntrica tan extendida en países como Marruecos y España, según la cual se identifica alegría con derroche de decibelios de emisor humano o electrónico.

Durante el verano, en la ciudad báltica, la multitud de comensales ocupa las decenas de mesas que llenan el muelle de Nyhaven, con su sabor romántico de canal holandés, o la tranquila belleza de la plaza Grabrodtorv, a cuyas animadas terrazas llega el discreto sonido de la música que los conjuntos tocan en algunos de los locales que allí abren sus puertas. La ciudad está llena de cafés en los que se oye jazz, en las plazas se levantan improvisados escenarios sobre los que se representan espectáculos y, todas las noches, el parque Tivoli, con su melancólico y entrañable aspecto provinciano, que seduce al visitante bañándolo en un líquido sentimental que inundó la tierra hace ya algunos decenios, recibe a las mejores orquestas y voces del mundo. Es, por decirlo de algún modo, una animación de calidad que nada tiene que ver con la estridencia bacaladera de la costa mediterránea; una animación que parece el esperado fruto de las largas reflexiones invernales de una sociedad apacible y culta. Fascina la alegría de las terrazas callejeras, la vitalidad de las zonas peatonales (la populosa Ostergade), donde los habitantes y los turistas ocupan prácticamente todo el ancho de la vía y los interiores de las tiendas y almacenes más populares. En cada esquina, junto a cada una de las fuentes, tocan sus temas grupos de jóvenes músicos, o solitarios actores representan sus papeles.

Todo el centro de Copenhague es un estallido de vida y de color. Luego -como en Oslo, como en Estocolmo-, está la irresistible hermosura de los parques, que a los viajeros del sur nos parecen, a fuerza de bellos, casi imposibles. Las extensiones de flores, las llanuras verdes e interminables, las hayas, castaños y tilos, estos últimos en flor, y llenando el aire con un perfume delicado y apenas perceptible que acompaña por todas partes al pa-



La plenitud del verano de Copenhague desmiente el tópico de que la vida en la calle es patrimonio exclusivo de los pueblos meridionales.

tener la más vieja monarquía del mundo, los daneses presumen de la más antigua bandera).

A lo mejor, para entender ese respeto por los lugares y sus funciones más humildes, hay que haber nacido en una sociedad laica, que no piense que el arte sea una bandeja sobre la que se nos levanta un poco más hacia Dios, como creían que eran divina bandeja las más áridas estepas de Castilla ciertos místicos noventayochistas, para quienes las tierras tenían el grado de nobleza a la altura de su improductividad, y los hombres a la de su cerrazón y atraso, y que pensaban que fertilidad y laboriosidad estaban rigurosamente reñidas con toda forma interesante de estética. Copenhague repele esa visión. Al fin y al cabo, ese topónimo que tan lejano y hermoso nos suena al oído de quienes desconocemos el danés, no quiere decir más que "puerto-o muelle- de los comerciantes". Y eso es lo que sigue siendo en gran medida esta ciudad, ajustando, claro está, el concepto de

comercio a esquemas de contemporaneidad.

Copenhague controló durante siglos el comercio del Báltico y tuvo el dominio de los estrechos que lo unen con el Atlántico (sigue controlándolo discretamente, y no sólo el Báltico, sino buena parte de los fletes mundiales). La monarquía danesa puso en esta bahía irregular y pantanosa la pata de compás de su poder, que se extendió por las costas de Noruega y más allá del mar, hasta Groenlandia, y también por Suecia. Copenhague era el eje en torno al cual se movía el tráfico de las ciudades hanseáticas desde el mar interior hasta los Países Bajos. Etapa obligada desde el último recodo en el que yace la desolada San Petersburgo, y Brujas, Londres o Amsterdam, una ciu-



Kommandanten, un restaurante situado en la bella calle Adelgade, y que une a la cuidada cocina un elegantísimo y en apariencia sencillo diseño, exhibe dos estrellas Michelin. Hay otros cinco locales estrellados en Copenhague: Pierre André, Nouvelle, Kong Hans Kaelder, Sollierod Kro y Era Ora. Los platos tradicionales, que incluyen otros pescados como el bacalao, el rodaballo o el eglefino, y las carnes de caza o el popular cerdo asado y servido con col roja marinada, pueden degustarse en restaurantes elegantes como Gendarmen y Grabrode Torv, 21. Entre los mejores smorrebrods de la ciudad, los expertos citan el que preparan en Ida Davidsen y el de Slotskaelderen hos Gitte Kik, este último situado junto al parlamento y frecuentado por los políticos. Groften, en el interior del parque del Tivoli, es famoso por sus gambitas con lima y pimienta fresca servidas en pan blanco, cuando lo normal es que los somorrebrods utilicen el pan de centeno. Hay otros restaurantes en el Tivoli, como el Fregatten, que sirve moderna cocina danesa. Entre los más nuevos y ya prestigiosos, destacan Etcetera y, también dentro del Tivoli, Bagatellen.

Frank Due y Lene
Just regentan
Slotskaelderen,
soberbio
restaurante de
cocina danesa, en
el que pueden
degustarse
deliciosas gambas
y arenques.

ALGUNA VISITAS GASTRONÓMICAS

Los grandes almacenes ILLUN, situados en el centro peatonal de la ciudad, tienen una notable oferta gastronómica en su planta inferior. Su visita resulta imprescindible para los aficionados a la mesa. También, Specialkobmanden, en la propia Østergade peatonal. Entre las mejores PANADERÍAS (es bien conocida la importancia del pan y su gran variedad en Dinamarca), destacan Trianon (proveedora de la Real casa Danesa), y Reinh van Hauen, Buenos QUESOS en Czar y en Østehjornet. Para PESCADOS y arenques marinados, Fiskehuset Højbro y Fisherman's wife at Gammel Strand (un mercado que funciona de martes a viernes y de 10,00 a 15,00). Una buena tienda de VINOS es Kjaer & Sommerfeldt. El TE puede comprarse en A.C Perch's Thehandel's Eftf, una tienda de 1835. Buenas PASTELERÍAS son La Glace, o Royal Copenhagen Confectionery, donde se degustan también chocolates en taza. La cafetería de la Ny Carlsberg Glyptotek sirve espléndidas pastas y tartas, y magnífico café en el marco del jardín de invierno, entre plantas tropicales y obras de arte.

QUESOS DE DINAMARCA

Abundan las variedades de queso en este país lácteo. La práctica totalidad se elabora utilizando leche de vaca, aunque también los hay de cabra, un estilo en alza. Los más populares son: el Havarti, levemente amarillo, el Samsø y el Danbo, de color más intenso y con diferente textura. El Marquis, excelente, blando, de sabor fuerte y que recuerda un poco al reblochon francés muy hecho. Danablu, o danés azul. El Castello está en la misma gama y es azul y blanco, muy cremoso y grasiento. El

Alma, Corazón y Vino...



Fariña
Toro
DENOMINACIÓN DE ORIGEN

49800 TORO (Zamora) ESPAÑA
TIF.: 980/57 76 73 - FAX: 57 77 20

char entre un futuro imposible y los años de esplendor del Berlín de entreguerras, presentaban cada uno de los objetos que iban a componer el mobiliario y los utilajes del local.

El ministro y la diseñadora habían hablado previamente acerca de la necesidad de que la belleza nos acompañe no sólo durante los fines de semana, sino cada día, en cada momento y en cada lugar (al despertar, el bonito reloj; luego, el baño, el desayuno, con su tetera y sus tazas y con la bandeja, etc...) Y a continuación, al ritmo que marcaban un saxo y una voz de contralto que resultó ser masculina, los bailarines, con calculados y complejos pasos y movimientos de los miembros, fueron exponiendo a la atención del público cucharillas, tazas, cafeteras, sillas, mesas, o pedazos de moquetas a veces, con gestos humorísticos; otras, con forzadas posiciones que parecían situarse en la frontera del dolor. Bailaron sosteniendo una cucharilla de café entre los dedos, o marcándose unos pasos de tango con una silla de acabado perfecto. Bueno, pues eso es también Copenhague, o, mejor aún, eso es parte de los engranajes que mueven Copenhague, la capital de un país que ha hecho del diseño no sólo un signo de identidad de su carácter, sino también un floreciente negocio. Cualquier interpretación unívoca es aquí -más aún que en cualquier otro lugar- intolerable.

Porque Copenhague es también esa población de dos mil personas que, del otro lado de la bahía, en Christiania, decidieron iniciar una aventura vital al margen del Estado, allá por el setenta y, casi treinta años más tarde, prosiguen su experiencia -lastrada por miles de problemas- contempladas respetuosamente por sus vecinos. Y es la ciudad que se extiende más allá de la Estación Central, en torno a Istedgade, donde se suceden los cafés turcos, los restaurantes thai y las tiendas de productos eróticos, en las que uno puede adquirir objetos de una ingenuidad que a veces resulta conmovedora y otras espeluznante; donde los heroinómanos prosiguen su viaje a ninguna parte en un pequeño y raído jardín que parece situado a mil kilómetros del de Rosenborg y

junto al que los vecinos circulan no sé si con agrado, pero, desde luego, sin prestar demasiada atención. La vida privada es algo tan importante en esos países bálticos como intrascendente y renunciable en los mediterráneos.

Ahí, en torno a Istedgade, Copenhague, la ordenada ciudad socialdemócrata en la que uno sabe al céntimo a qué institución benéfica y a qué fundación artística va cada corona que paga de más por el alcohol o por los cigarrillos, huele a curry, a soja, a aceite de cacahuete, a mango, lima y papaya, y en aquellos calurosos y húmedos días de agosto en los que el viajero lo visitó, el barrio se dejaba envolver por la dulce podredumbre de los trópicos. Es la zona en la que la ciudad recobra una leve acritud de posada de marinero de Gênet, una muy relativa dureza; donde se deja penetrar por ese canal humano que fluye creciente desde el sur, atravesando una Europa hostil. Donde se le hace pensar al viajero que, al destello del verano, sucederán los largos meses de invierno, los sólidos y desagradables hielos que pueblan el libro de Peter Hoeg. La señorita Smila y su peculiar percepción de la nieve. El estupendo escritor danés sitúa su nocturna e invernal parábola acerca de la helada y dudosamente limpia espalda de Dinamarca, en el cercano barrio de Strandgade, del otro lado del canal de Sydhaven. Conviene leerlo, aunque quizá mejor que ponerse a ello antes de ir, haya que hacerlo ya de vuelta del viaje. Los libros de Hoeg son heméticos bastante efectivos para curar el deslumbramiento que produce en el viajero procedente del polvoriento sur el estallido del verano en las ciudades bálticas. Lo mismo que, para ver lo que se guarda bajo los vistosos tejadillos de las casas de Andersen, no hay que perderse la lectura de Freud, Propp y la Kristeva. Conviene insistir en que Copenhague no es una maqueta sostenida con palillos de dientes para que la contemplen los turistas, como pueden serlo (en la modesta y discutible opinión de quien esto escribe), Brujas, o Siena. Es una ciudad verdadera, que exige ser mirada con respeto. No debe tomársela por tonta. Es demasiado hermosa. ■

Saga es de un suave color azul y de sabor leve. Se elaboran también numerosos quesos "biológicos" (es la moda) y al estilo de otros como el brie, el camembert o el cheddar. El camel ole lleva cominos, mientras que el camel havn es más fuerte. Logimose es una popular crema de queso.

EL PAÍS DE LA CERVEZA

Parece que Pyteas, un comerciante griego que recorrió la península de Jutlandia durante el Neolítico, se refiere ya a una bebida que consumían los habitantes de estas tierras y que, por descripción, bien podría ser la cerveza. Las plantaciones de lúpulo en la península están documentadas al menos desde el siglo XIII y el uso de distintas cantidades de cerveza



Philippe Houdet
es el propietario
francés de Pierre
André, sólido y
honesto
restaurante que
exhibe una
estrella Michelin.

como compensación o pago de multas constan ya en la histografía danesa poco tiempo más tarde. A mediados del siglo XV existen alusiones a una brasería, Kongens Bryghus, y en el XVII, se había formado ya la guilda o sindicato de cervecedores de Copenhague.

El danés bebe cerveza a todas las horas y con cualquier excusa, y hasta sin ella. La cerveza no se asocia propiamente al alcohol, sino que acompaña todas las actividades cotidianas y también los momentos de excepción. De todos modos, el nacimiento del actual impulso cervecero hay que situarlo en el instante en que, a mediados del pasado siglo, Carl Jacobsen creó la empresa Carlsberg y estableció, a partir del cultivo de sus propias levaduras, las bases para una uniformación del producto desde parámetros de calidad. Su impulso hizo nacer otras empresas como Tuborg (1873), o, más modestas, Witbroe en Helsingør, Albani en Odense, Odin en Viborg, o Thor en Randers. El papel de los grandes cervecedores en la vida de Dinamarca ha sido trascendental. Basta acercarse a la soberbia glyptotek (una fundación de Carlsberg), en la que se guardan piezas de arte de todas las épocas, para entender ese poder casi omnívoto.

QUÉ VISITAR EN COPENHAGUE

Convertido buena parte del centro histórico de la ciudad en peatonal, Copenhague invita al paseo tranquilo, a sentarse en el banco de alguna plaza, en la terraza de algún café o restaurante, en el silencio de un parque. Plazas de visita obligatoria son la de Radhus, con el ayuntamiento y el curioso hotel Palace, de un raro jundgenstil; Gomettorv, con su fuente dorada y sus pesados edificios neoclásicos; Højbro, luminosa y siempre llena de animación; o la elegante Kongens Nitorv. Hay que asomarse a los tres grandes palacios: Christianborg, Amalienborg y Rosenborg. Contemplar la bella torre de la Bolsa, con sus dragones entrelazados. Cogér alguno de los barquitos turísticos que zarpan del colorista Nyhavn, el muelle sobre el pequeño canal, y recorrer



En la foto superior, Daniel Schylander, cocinero de Nyhavns Færgetro, en el pequeño muelle, donde se sirve cada día un estupendo smorrebrod.

la ciudad acuática. Entre los museos, la Ny Carlsberg Glyptotek, soberbia colección que junta monías egipcias, estatuas griegas y romanas, tumbas etruscas o cuadros impresionistas. El National Museet tiene una buena colección de prehistoria y de la Edad Media. El Kunstindustrimuseet ofrece un aleccionador panorama acerca de la historia del diseño. Y el de Thorvaldsen puede cubrir las expectativas de los amantes de la estatuaria ampulosa. Hay otros museos, entre los que se incluyen los de la cerveza, el tabaco, y el erotismo. Parques bellísimos son el de Rosenborg, el Botánico, o el de Kastellet, o de la Fortaleza. El Tivoli es un viejo parque de atracciones, repleto de encanto un bastante naïf, pero en el que, además de comer bien, se pueden asistir a los más soberbios conciertos. La arquitectura de la ciudad -incluida la contemporánea- es excepcional, y puede seguirse utilizando una completa "Copenhague Architecture Guide", de Olaf Lind y Annemarie Lund, publicada por Arkitektens Forlag. Los enamorados de muebles, vidrios y porcelanas tienen asegurado el interés en cada rincón de esta ciudad. Los más clásicos se dirigirán a las tiendas de Georg Jensen y a las de la Royal Copenhagen. Los más atrevidos, a cualquiera de los cientos de tiendas o de estudios de diseñadores repartidos un poco por todas partes. También los enamorados de la música -sobre todo, jazz y clásica- cuentan con una oferta permanente y de gran calidad. Cualquier café o cualquier plaza sirven como decorado para un concierto.

USTED DECIDE.
LOS ESCOCESSES
YA LO HAN HECHO.



BIBIA DE LOS WHISKIES. ES SU RESPONSABILIDAD.

1845 150 1995

GLENMORANGIE
MALT SCOTCH WHISKY

EL WHISKY DE MALTA MÁS VENDIDO EN ESCOCIA.